



Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

ISSN: 0188-9834

noesis@uacj.mx

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
México

Cayeros López, Laura Isabel

¿Puede hablar la juventud? Reflexiones sobre la subalternidad de la condición juvenil y sus trayectorias

Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, vol. 24, núm. 47-2, diciembre, 2015, pp. 116-128

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
Ciudad Juárez, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85939869009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿PUEDE HABLAR LA JUVENTUD? REFLEXIONES SOBRE LA SUBALTERNIDAD DE LA CONDICIÓN JUVENIL Y SUS TRAYECTORIAS

Can the youth speak? Reflections on the subordination
of the youth condition and their trajectories

Laura Isabel Cayeros López¹

Fecha de recepción: 3 de febrero del 2015

Fecha de aceptación: 22 de mayo del 2015

1- Nacionalidad: Mexicana. Grado: Doctora en Ciencias Sociales. Especialización: Estudios de género y juventud. Adscripción: Universidad Autónoma de Nayarit. Correo electrónico: lcayerosl@hotmail.com.

Resumen

Siguiendo el texto clásico de Spivak “¿Puede hablar el subalterno”?, se analizan las construcciones contemporáneas sobre la condición juventud y las trayectorias juveniles desde la premisa de que la mirada adultocéntrica colonizada patriarcal posiciona a la juventud en la subalternidad, lo que define y evalúa sus trayectorias de manera negativa. La reflexión pretende repensar los presupuestos que sobre este grupo social se esgrimen, tanto en la cotidianidad como en las posturas académicas.

Palabras clave: Juventud, subalternidad y condición juvenil.

Abstract

Following the classic text Spivak, “Can the subaltern speak”?, contemporary constructions condition on youth and youth trajectories from the premise that look colonized adult-youth positions are analyzed from the colonized adultness look, which defines and evaluates their trajectories negatively. The reflection tries to rethink assumptions that this social group is wielded in both everyday and academic positions.

Keywords: Youth, subaltern y youth condition.

Introducción

El joven, la condición juvenil es tema de análisis académico desde hace relativamente poco tiempo. En México, fue en la década de los ochentas cuando desde las instancias gubernamentales se planteó la necesidad de visibilizar y describir a la juventud, dadas las políticas internacionales que propusieron el año de 1985 como Año Internacional de la Juventud.

Desde la década de los noventa el debate se ha centrado en temáticas relativas a la deserción escolar, inserción en la actividad laboral, embarazos adolescentes, esto desde las instituciones gubernamentales. La academia, por su parte, se ha interesado en las culturales juveniles (Feixa, 1998), organización y participación social (Reguillo, 1998) e identidades juveniles (García Canclini, 2004), (Brito, 2002). Se ha identificado a jóvenes urbanos (Marcial, 2006) y rurales (Pacheco, 2009). También ha habido importantes esfuerzos por teorizar lo juvenil (Pérez, *et al*, 2008). Entre muchos otros valiosos esfuerzos académicos.

No obstante, la tarea por identificar al sujeto juvenil es permanente, como permanente son las dinámicas juveniles que se caracterizan por vivir de prisa. También debería ser permanente la constante vigilancia sobre nuestras preconcepciones sobre la juventud, lo juvenil, y sus trayectorias, al considerar la premisa de que como adultos y académicos tenemos miradas y discursos colonizados sobre el sujeto joven.

Algunas de las preconcepciones que tenemos sobre la juventud tienen que ver con la moral judeocristiana implementada a partir de la colonización latinoamericana por los europeos del siglo XV. Las construcciones sobre las trayectorias de vida, ritos de paso, sexualidad, comportamientos y expectativas sobre los y las jóvenes están atravesadas por el ideal de la vida cristiana europea de entonces y siglos posteriores y que están aún presentes en nuestros actuales decálogos de valores latinoamericanos. Esto se dinamiza dialógicamente con un sistema heteronormativo patriarcal, donde el poder y autoridad de los padres/los adultos sobre el/la joven es prácticamente ilimitado a la luz del discurso de buscar lo mejor para los y las hijas y la expectativa del establecimiento de relaciones amorosas y, eventualmente, familiares heteronormativas. Aunado a esto los discursos pedagógicos y biomédico-psicológicos refuerzan las ideas del joven como una persona incompleta que necesita de la tutoría adulta para su formación, desarrollo y toma de decisiones.

Por ello, el leer a Spivak, más allá de la riqueza que el texto ensimismo encierra, nos cuestiona, como adultos/académicos, ¿qué tanto permitimos hablar al sujeto joven cuando tenemos la juventud como objeto de estudio? ¿hasta dónde hay una representación, traducción o exposición de lo juvenil en el quehacer de la investigación? ¿hasta dónde permito hablar al sujeto joven más allá de lo que mis preconcepciones y discursos quieren/pueden escuchar? Entonces, ¿puede hablar la juventud desde su subalternidad?

El texto *¿Puede hablar el subalterno?* de Gayatri Chakravorty Spivak fue publicado por primera vez en 1988 por la Universidad de Illinois. Intelectual hindú del período de la posindependencia, se ha identificado con posturas marxistas, feministas y los estudios subalternos.

En este texto clásico de la teoría social contemporánea reflexiona sobre el “silenciamiento estructural” de los grupos subalternos (oprimidos) dentro del capitalismo y sus narrativas en tanto que su discurso no adquiere una posición discursiva desde donde hablar o responder más allá de los márgenes de acción y discurso que el mismo grupo dominante le ha otorgado. En esta situación ubica al proletariado, las

mujeres, campesinos, indígenas y, hoy agregamos, la juventud. Spivak deconstruye al subalterno, lo aleja de una percepción monolítica y cuestiona su conciencia en tanto grupo social. De la misma manera, interpela el trabajo intelectual que dice dar voz al subalterno; en palabras de Giraldo (2003):

La crítica de Spivak resalta los peligros del trabajo intelectual que actúa, consciente o inconscientemente, a favor de la dominación del subalterno, manteniéndolo en silencio sin darle un espacio o una posición desde la que pueda “hablar”. De esto se desprende que el intelectual no debe –ni puede–, en su opinión, hablar “por” el subalterno, ya que esto implica proteger y reforzar la “subalternidad” y la opresión sobre ellos (2003:299).

Donde establece la relación problemática entre el sujeto individual y la dominación, para este caso, entre el sujeto de análisis juvenil y el discurso académico que le da voz en distintos niveles: conciencia, subjetividad, intencionalidad e identidad, con características que emergen de este vínculo y de las cuales quien ejerce la labor académica (yo lo diría, tanto en la labor docente como de investigación) está obligado a, en términos de Bachelard, *vigilar* sus presupuestos analíticos y posición política respecto de la juventud.

Así entonces, el objetivo que persigue este escrito es el análisis de las construcciones contemporáneas sobre la condición juvenil y sus trayectorias, partiendo de la premisa de que la mirada adultocéntrica colonizada patriarcal posiciona a la juventud en la subalternidad. Las reflexiones sobre el texto de Spivak están basadas en la traducción que ofrece Santiago Giraldo en la Revista Colombiana de Antropología, vol. 39, enero – diciembre de 2003, páginas de la 297-364, del Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Para establecer la condición juvenil

Ser joven es distinto a ser juvenil o a la condición juvenil. A decir de José Antonio Pérez Islas (2008), la concepción moderna de juventud es aportación de Rousseau, el establecimiento de una condición juvenil es tan reciente como su conceptualización y estudio. Todavía hasta inicios del siglo XX la adolescencia y juventud, como hoy las conocemos, eran etapas que podían y de hecho se obviaban en aras de consumir un matrimonio, de la temprana maternidad entre las mujeres y la necesidad de llevar un ingreso al hogar por parte de los varones, constituyendo la maternidad y el empleo masculino como rito de paso hacia la adultez de hombres y mujeres, respectivamente.

Así, el rango de edad considerado como “la juventud” se ha ampliado en las distintas sociedades al grado de enmarcar esta etapa, en muchos países, al menos 15 años, como el caso de México, donde la juventud se engloba en el período de vida comprendido de los 12 a los 29 años, período avalado por distintas entidades gubernamentales como el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática o el Instituto Mexicano de la Juventud.

La CEPAL y otras instancias (académicas, revistas de análisis e investigación, análisis metodológicos para encuestas) han determinado abiertamente reelaborar el concepto de joven como una clasificación social, muchas veces autoasignada, en donde se debe cumplir con ciertas características, las cuales están determinadas según el contexto donde se realiza su construcción, el cual puede ser geográfico, de clase,

etnia, género, o cultural. El consenso coincide en que es una condición sociocultural e histórica, no necesariamente referenciado con un rango de edad pero es preferente, y la premisa principal es no haber rebasado los límites que de manera implícita o explícita la sociedad establece en la articulación de características de la juventud, tales como: independencia económica, auto-administración de los recursos disponibles, autonomía personal, constitución del hogar propio y la adquisición de compromisos propios de un adulto (Pérez, 2008), lo que caracteriza “lo juvenil”.

En la actualidad, para el estudio de lo juvenil se distinguen dos corrientes de análisis: una, socio-demográfica y otra, sociológica. Desde la sociodemografía, se analiza a la juventud como un grupo etario, donde se suceden una serie de eventos que enmarcan las transiciones entre estadios (niñez, juventud, adultez), por ejemplo, salida de la escuela, entrada al primer trabajo remunerado, primer matrimonio, salida de la casa paterna, primer hijo (Tuirán, 1999); diferentes investigaciones han demostrado cómo en México este modelo aún conserva vigencia pero ya no puede ser considerado como patrón dominante dado que los roles diferenciados para hombres y mujeres se han transformado, han cambiado las condiciones del sistema educativo o el mercado laboral se ha modificado permitiendo la entrada y salida de los y las jóvenes en momentos diferentes al término de estudios (Coubès y Zenteno, 2005).

La corriente sociológica, por su parte, intenta resaltar las trayectorias o rutas de vida que siguen los y las jóvenes en su desarrollo biográfico, esto a la luz de las estructuras sociales, los mercados de trabajo o el emparejamiento, y que se institucionalizan a la luz de la educación, la formación profesional y las condiciones culturales (Bendit, 2009). Este enfoque considera a los jóvenes como sujetos históricos y protagonistas de su vida, en donde toman decisiones en correspondencia a las constricciones sociales, económicas y culturales de sus espacios sociales (en términos de Bourdieu), y en donde construye proyectos de futuro; así, se articula la estructura, la acción pero también la subjetividad en el análisis de las trayectorias juveniles, donde las transiciones no se ven como eventos sino como procesos. De esta manera, hoy en día se consideran dos determinantes para definir el período que las personas cursan como juventud: las formas como lo transitan y el tiempo que duran en él.

Carles Feixa (1998) describe la historicidad del concepto de Juventud, donde identifica a púberes, efebos, mozos, muchachos y jóvenes (siempre en masculino). Las distintas concepciones se corresponden con diferentes estadios de tiempo, ritos de paso e iniciación, caracterización, roles, actividades, entre otros. Y, en palabras del propio Pérez Islas, todo esto produce “la conceptualización del joven en términos socioculturales, pues es en este ámbito donde se han vuelto visibles ante las instituciones” (Pérez, 2002), podemos agregar que también se logra así la visibilidad social.

En la actualidad se observa un alargamiento del período juvenil donde se ubican un mayor número de jóvenes que no pueden acceder a las condiciones mínimas de transición del mundo juvenil al status adulto. Así, se identifican multiplicidad de formas de “ser joven”, además de que la condición juvenil se amplía hacia aquellos/as que aún no pueden independizarse del todo porque la estructura socio-económica no puede satisfacer la necesidad de educación, empleo y su consiguiente independencia económica. En estos contextos, el joven abandonará eventualmente esta condición al acumular años, superar definitiva o visiblemente las etapas fisiológicas humanas o asumir responsabilidades propias de la adultez, tales como la procreación o el emparejamiento, aunque esto último no necesariamente conlleve la independencia parental.

Los cambios suscitados a nivel mundial han modificado las vidas de las personas (y viceversa) transgrediendo la estabilidad secuencial/lineal de la existencia; en la modernidad los jóvenes ponen en entredicho el orden de vida establecido caracterizado por el estudio, la formación laboral, la inserción en el trabajo, el matrimonio y la procreación obligatoria. Muchos de estos eventos no siguen esta secuencia o simplemente no suceden. Esta situación fractura los grandes relatos sobre la familia y su ciclo vital, las construcciones tradicionales de género, las trayectorias de vida con enfoque biologicista (nacer-crecer-desarrollarse-reproducirse-morir) y, por ende, la concepción de la juventud como estado transicional a la edad adulta.

Aun cuando estas lecturas hacen clara referencia a cuatro instituciones: familia, escuela, legislación, trabajo (y en un primer momento, considera también al ejército), conviene analizar la implementación de las diferentes concepciones de la juventud desde una institución aglutinadora de las anteriores tanto por su código normativo como por su influencia dentro de cada una de ellas, en distintos momentos históricos y, por lo tanto, visiones sobre la juventud. Así, podemos decir que si bien la juventud es construida desde la familia, escuela, legislación, trabajo, es confirmada por quienes ordenan y/o legitiman el mundo social en distintos momentos históricos. Para el caso de occidente, un actor clave es la religión judeocristiana.

Con todo, podemos afirmar que en la construcción social de la juventud, se articulan entonces los valores y las creencias de la familia del joven, el lugar en donde habita en contexto social e histórico, con lo que la modernidad suministra, para configurar sus estilos de vida, sexualidad, participación ciudadana, proyecto de vida e identidad y también reconsideraciones en el espacio-tiempo, uso de nuevas tecnologías, relaciones interpersonales y de socialización, desculturización, desterritorialización, pobreza, marginación, vulnerabilidad. Por esto, podemos afirmar que la juventud como situación fisiológica es una condición natural, pero como objeto de análisis de la condición juvenil, es una construcción social desde diversos frentes.

¿Puede hablar el subalterno? Tras los pasos de Spivak

¿Cómo es representado en el discurso occidental el sujeto del tercer mundo? Es la pregunta guía del ensayo de Spivak, donde un argumento fundamental es que la producción intelectual es cómplice de intereses económicos internacionales occidentales, es decir, el discurso académico perpetúa la dominación y refuerza la subalternidad.

El eje transversal del texto es la producción discursiva por parte de la clase dominante, donde los intelectuales tienen un lugar como generadores o reproductores de la ideología dominante, lo cual genera una reproducción de la sumisión a esta ideología por los grupos subalternos, esto a partir de un texto conversatorio entre Gilles Deleuze y Michel Foucault sobre intelectuales y poder (traducido y citado por el mismo Giraldo). Sobre esto, Spivak analiza, desde los conceptos de “poder”, “deseo” e “interés”, las relaciones y dominaciones discursivas entre el opresor y el oprimido con el trabajo intelectual de por medio, legitimando el habla del subalterno mediante su caja de herramientas teóricas (Spivak, 2003:307).

Los intelectuales franceses establecen, dentro de su conversatorio, que el oprimido es un sujeto que sabe más que el intelectual, lo que permite “establecer condiciones donde los prisioneros serían capaces de hablar por sí mismos”, a decir de Deleuze, ya que la realidad sucede en la fábrica, la escuela, las barra-

cas, las prisiones, y para el caso de la juventud, la esquina o el internet (lo que ocasiona otra discusión sobre las realidades/relaciones virtuales y el encuentro cara a cara, propia de otra reflexión), desde donde se puede construir producción ideológica contrahegemónica.

Spivak afirma que esta suposición lleva a un empirismo positivista, “el principio justificable del neocolonialismo capitalista avanzado” (2003:307), donde se definen la “experiencia concreta”, “lo que ocurre realmente”, la que mucha de las veces es representada -como “hablar en favor de” (2003:307)- por el intelectual, quien diagnostica la episteme. Esto, afirma la autora, es una contradicción, ayudando a consolidar la relación de dominación.

Sobre la juventud, se han dicho muchas cosas. En el imaginario social la identidad juvenil es una construcción tripartita: el joven es un varón, que vive en la ciudad y es estudiante. Es decir, identificamos a la juventud desde lo masculino (invisibilizando a las jóvenes), lo urbano (generalmente clasemediero y olvidamos a la juventud rural, indígena, pobre) y la vida escolar (olvidando que, en el Informe 2014 de Sylvia Schmелkes, Presidenta del Instituto Nacional de Evaluación Educativa, en México uno de cada tres niños de 15 años no asiste a la escuela, y una quinta parte de los y las jóvenes entre 18 y 24 años no termina la secundaria (Brito y Mercado, 2014). De esta forma, la “experiencia concreta”, lo que “ocurre realmente”, para la juventud, no sucede sólo a los hombres, ni en las ciudades, ni dentro de la escuela, aunque desde ahí, la adultez ejerce presión y dominación.

En la conversación entre Foucault y Deleuze, sobresale una disertación sobre las prácticas de los oprimidos, la teoría de los intelectuales y el significante, entendiendo este como la “representación”. El argumento de Deleuze es que dos significados de representación operan al tiempo en el discurso teórico del intelectual: como “hablar en favor de” y como “re-presentación”, el primero tiene que ver con representar a otros, el segundo, con re-presentar para otros, ambos conceptos “están relacionados pero son irreduciblemente discontinuos” (2003:308) y generan una paradoja importante, a decir de Spivak, puesto que el mismo Deleuze asegura que “No hay más representación; no hay nada sino acción...” acción de la teoría y acción de la práctica que relaciona a cada una con la otra como relevos y forman sistemas de redes”. Con esto, el teórico no habla representa (habla a favor de) el grupo oprimido, pero tampoco el sujeto es visto como una conciencia re-presentativa (hablar por sí mismo) al no tener conciencia de clase, más aún incluso si se considera la multiplicidad del sujeto, lo que, a decir de Spivak siguiendo a Marx, supone “sujetos divididos y dislocados cuyas partes no son continuas o coherentes unas con otras... un sujeto de clase disperso y dislocado” (2003:309-310).

La conciencia de clase, siguiendo a Marx, se desarrolla en la medida que se participa comunitariamente frente a la explotación del capital (clase trabajadora) e incide en lo político, es decir, que se construye “agencia subjetiva individual y colectiva”, en términos de Spivak, más que a la comunidad vista como estructura familiar. Esto significa un sesgo de género al sobrevalorar el ámbito de lo público sobre lo privado, aún con la heterogeneidad de ambos espacios. La dominación, surge desde el sistema económico, se legitima en lo política, se instala en lo social. La experiencia concreta, el significante de ésta y las acciones -agencia- de la clase oprimida el intelectual no la puede representar ni re-presentar, sólo se informa y analiza sobre el sujeto (2003:315), muchas veces olvidando el poder, deseo e interés de un sistema económico que se encarga de borrar el significante del oprimido, lo que constituye una “violencia epistémica”, en palabras de Spivak (2003:317), generando así un “sujeto colonizado subalterno... irremediamente heterogéneo” (2003:322):

Desde la academia, para la identificación, visibilización y análisis del ser joven se identifican tres enfoques: el biomédico-psicológico, el pedagógico y el sociológico, desde donde se ofrecen diferentes concepciones del ser joven, pero también de sus relaciones, problemáticas y discursos.

El enfoque biomédico-psicológico es la perspectiva que ha predominado en el análisis de lo juvenil, a partir de considerar a la juventud como el período de transición de la niñez a al estado adulto y su concepto clave es la adolescencia. Enmarcado por enfoques desarrollistas, se utilizan las características psíquicas de transición asociada a los cambios corporales para explicar esa fase “natural” en la vida humana, colocando lo social y cultural en un lugar secundario. El joven, entonces, es una persona en formación que requiere educación, represión (dado que aún no puede controlar su naturaleza instintiva) y, por supuesto, control sobre su sexualidad al grado de la negación. Este enfoque emerge en el siglo XVIII con las obras de Rousseau y se consolida en el XX, con Stanley Hall, quien posiciona la adolescencia como etapa de moratoria social y de crisis, un estado natural previo a la edad adulta.

El enfoque pedagógico se desarrolla a principios del siglo XX con las obras de Durkheim y Talcot Parsons. Esta visión ubica a los jóvenes como un colectivo confinado en la institución escolar, aislado de otras instituciones, sin considerar sus condiciones sociales o características que los hacen distinguirse unos de otros. Este enfoque aboga por la formación adecuada para que el joven pueda ser funcional en el ámbito social logrando así un desarrollo “normal”, producto de la interacción entre pares pero también de la acción de los adultos sobre los jóvenes, relación en constante tensión por el conflicto generacional. La educación, entonces, tiene una función utilitaria, de socialización y de reproducción del orden social. Así, el mundo juvenil sucede dentro de la escuela. Enfoques más actuales, como la propuesta de Vygotsky, consideran que el medio social es crucial para el aprendizaje y otorgan cierta agencia al joven dentro del ámbito escolar como corresponsable de su proceso de enseñanza aprendizaje, o la de Freire, quien considera que el joven debe entender su propia realidad para insertarse en la vida social. De cualquier modo, la juventud se enmarca en la escuela y la condición de alumno o no alumno.

El enfoque sociológico percibe al joven en su contexto social, cultural e histórico, donde el sujeto juvenil no tiene características generalizables ni estáticas en un colectivo etario, sino que son individuos en relación con otras personas de edad similar o distinta, inscritos en diversas instituciones, con ideas diferenciadas y normas específicas de sus contextos que les otorgarán objetividades, subjetividades, interacción y participación diferenciada. Esta visión toma en cuenta para el análisis del joven y lo juvenil sus condiciones estructurales (edad, sexo, género, estatus económico y cultural, etnia), las representaciones sociales (construidas de manera diferenciada por colectivos e individuos) y las imágenes culturales (ideologías, valores, ritos, simbolismos, subjetividades) en la conformación del sujeto joven y la condición juvenil. Este enfoque puede ser meramente sociológico o sociodemográfico.

Así entonces, el adulto o el intelectual académico habla de la juventud desde uno de estos enfoques, otorgándole características, valores y discursos que, desde su visión, son adjudicables al sujeto joven y su trayectoria.

Spivak insiste en preguntarse ¿puede hablar el subalterno? Considerando los intereses económicos, la violencia epistémica, la educación imperialista, incluso considerando la colectividad del subalterno y

la irremediablemente heterogeneidad del sujeto colonizado subalterno (2003:322). Generalmente construido desde la Otredad del sujeto etnocéntrico-colonizado, la construcción de conciencia que a la par de la violencia epistémica que supone la imposición/proposición de códigos de estructura, representación e imaginarios presentes en el discurso del subalterno o, incluso la buena voluntad de representar o representar al sujeto subalterno. No hay espacio desde el cual pueda habar el sujeto subalterno (2003:359), afirma reiteradamente de manera explícita o implícita.

Trayectorias juveniles colonizadas-subalternizadas

El joven, lo juvenil, entonces, es definido, valorado y legitimado desde diferentes espacios. Históricamente, ha sido la visibilidad ante las instituciones que la juventud se define y valora, siempre desde la mirada de la adultez colonizada, que coloniza el ser y hacer de los y las jóvenes.

De las principales definitorias colonizadas sobre el ser y quehacer de lo juvenil es la trayectoria de vida. Desde las instituciones, la trayectoria de vida de una persona durante la etapa de juventud está marcada por cuatro ritos: término de la vida escolar – conseguir el primer trabajo – emparejarse/dejar el hogar paterno – tener el primer hijo. Esta ruta de cuatro fases conlleva varias construcciones sobre la juventud/lo juvenil.

Primero, que todos y todas tendrán acceso a la educación formal y más aún, la llevarán a su término según el ideal del sistema escolarizado, es decir, por lo menos terminar la licenciatura. No es desconocido que, por lo menos en México, sólo el 22% de jóvenes entre 19 y 23 años logran estudiar una licenciatura en nuestro país (OCDE, 2012) y los niveles de deserción escolar son altos desde el nivel secundaria. Esta premisa tiene un sesgo de clase importante, pero también de género, donde la construcción de género sugiere que las mujeres no necesitan estudiar el nivel superior dado el rol de género en el ámbito privado para el cual son consignadas.

Por otro lado, la premisa de trabajar hasta terminar los estudios ha perdido vigencia, o tal vez nunca la tuvo, o también tiene un sesgo de clase importante, además de la expectativa del adulto. En México, 17.9% de la población entre 12 y 29 años de edad que estudian también se ubican en actividades remuneradas. Y no son pocas las trayectorias laborales de adultos, inclusive, donde la vida laboral comenzó mucho antes de finalizar la trayectoria académica. No obstante, el mito ha sido siempre “estudia y después trabajas”, todo esto antes de dejar el hogar paterno para vivir en pareja y tener el primer hijo.

Emparejarse, dejar el hogar paterno y tener el primer hijo son debate medular en el análisis de la condición juvenil. Esta tríada sugiere otras acciones, por ejemplo, el inicio de la vida sexual activa, el establecimiento de la familia nuclear y la reproducción como destino obligado, especialmente para las mujeres. Aunque se acepta que el emparejamiento a nivel de noviazgo puede darse aún antes de la conclusión de los estudios, lo cierto que la vida sexual activa y el dejar el hogar paterno implica el rito de matrimonio, por lo menos en las sociedades latinoamericanas, donde la religión y/o moral judeocristiana así lo marca como conveniente y donde la colonización (en el sentido histórica y de pensamiento) establece que no es sólo deseable sino que su incumplimiento genera sanciones que pueden ser sociales, económicas y teológicas inclusive. Esto también tiene implicaciones en el uso de métodos anticonceptivos, la interrupción del embarazo y el incremento de embarazos adolescentes y madres solteras cada vez más jóvenes; En 2010 en México, el 26% de mujeres menores de 20 años habían tenido por lo menos un embarazo, según la Encuesta Nacional de la Juventud y

según la Encuesta Nacional de Valores en Juventud, los varones inician la vida sexual activa a los 16 años en promedio, mientras que las mujeres, a los 17. Dejar el hogar paterno al momento de emparejarse (ya sea en unión libre, civil o religiosa), también es un mito en las sociedades latinoamericanas, donde es común que el primer hogar de una pareja sea el hogar patrilíneo, es decir, la casa familiar del varón.

Finalmente, esta trayectoria también está sesgada desde el sistema heteronormativo patriarcal, donde se piensa a la juventud desde la familia patriarcal y con orientación heterosexual. La familia conformada por padre-madre-hijos/as se considera, desde éste régimen, la expectativa ideal para conformar un grupo doméstico, llegando incluso a nombrar los grupos familiares que no están conformados de esta manera como disfuncionales, desde algunas corrientes académicas y la cotidianidad, además del rechazo que aún se tiene socialmente sobre la conformación de hogares homoparentales.

Desde ésta ámbito, el joven no puede hablar. Las expectativas, juicios, discursos que sobre él recaen producto de los valores del sistema patriarcal dejan poco margen para el discurso y para la acción. Aun cuando está demostrado las prácticas juveniles escapan de las trayectorias impuestas por la ideología dominante adultocéntrica, y que no es una cuestión de la modernidad, los y las jóvenes buscan, no sin conflicto, empalmar sus acciones en las trayectorias previamente configuradas según su género, edad y contexto social y cultural. El discurso también se empalma, ya sea justificando, alabando o ridiculizando aquello que se escapa de la episteme propuesta; así, hay “chavos/as bien”, “chavos/as banda”, “zorras”, “jotos” y un sinnúmero de categorías entre la juventud, en el intento por nombrar las coincidencias y desviaciones de la construcción dominante, además de las denominaciones propias de las llamadas Tribus Urbanas.

Por otra parte, los medios de comunicación y su tratamiento hacia lo juvenil mantienen el ser y quehacer de la juventud subalternizado. Los distintos espacios mediáticos producen, reproducen y, posteriormente, emiten juicios de valor sobre estereotipos juveniles que les puedan generar ganancias dentro del negocio de masas. Así, se invisibilizan las condicionantes estructurales que hacen de la juventud un sector vulnerable (insuficiencia educativa, falta de oportunidades laborales, condición de género, de etnia, de clase, entre otras), y se exacerban representaciones e imágenes que mantienen a la juventud bajo discursos limitantes para su análisis, acciones de política pública y su participación social.

De esta manera desde los medios de comunicación los y las jóvenes son un problema social, generadores de violencia, manifestantes molestos o delincuentes; en esta perspectiva, el sujeto joven delinque también al exigir, por ejemplo, ser considerados sujetos de derechos en lo educativo, laboral, sexual y reproductivo o promotores de la democratización de los medios. La juventud es un problema social en tanto no tiene la condición de estudiar o trabajar (los categorizados como *Niní's*) y se involucra en subculturas juveniles (o Tribus Urbanas) estigmatizándolos desde el discurso de la pérdida o búsqueda de identidades y sin mayor oportunidad de explicar por qué lo hacen o no lo hacen; la juventud es también un problema de la vida moderna en tanto su hipersexualización, que coloca a niñas, adolescentes y jóvenes sexualizadas como medio para vender y a niños, adolescentes y jóvenes varones, como posibles compradores de cuerpos y otras mercancías. Ser joven también es un problema cuando se subvalora o sobrevalora lo juvenil a la luz de los grandes discursos de la moral imperante sin observar las particularidades de cada joven y sus trayectorias específicas, es decir, cuando se les califica desde la episteme del dominante.

Desde aquí, el sujeto joven no habla, tal vez interpela, pero definitivamente, no genera discursos desde su condición o trayectorias juveniles.

Consideraciones finales

“Uno puede perfectamente bien no hablar sobre algo porque no conoce sobre ese algo”

Foucault en Spivak(2003)

“El subalterno no puede hablar” (Spivak, 2003:362). La subalternidad del joven le dificulta generar discursos fuera del sistema heteronormativo patriarcal, su colonización le impide construir señales comunes fuera de la visión androcéntrica que, eventualmente, se puedan legitimar como prácticas y saberes propios de la condición humana-juvenil. Por su parte, el adulto olvida que estuvo en esa condición subalterna y tenía qué decir pero pocos lo escuchaban y/o entendían. Es un problema de códigos enmudecidos; de pensar en desde la pérdida de los valores cuando no somos capaces de cuestionar la vigencia de los valores que el Otro juvenil ya trasgredió.

Identificar la subalternidad del sujeto juvenil desde nuestro discurso adultocéntrico o académico es requisito previo para el análisis de lo juvenil cuando no se es joven. Reconocer que el sujeto joven no es una persona incompleta o en transición y que es capaz de tomar decisiones sobre lo que le interesa y afecta, es un primer paso para visibilizarlo en su participación en sociedad; admitir además que existe agencia en la capacidad de resistir, contradecir o negociar que establece relaciones sociales dinámicas, más allá de una dependencia o subordinación del sujeto joven con respecto a la estructura social.² Considerar que no podemos hablar de la juventud sino de juventudes, al visibilizar la diversidad que encierra la condición juvenil. Identificar la –propia– episteme hegemónica y el derecho a la vivencia de las epistemes subalternas puede evitar mayor violencia social sobre el subalterno juvenil. Deconstruir las prenociones propias sobre la condición juvenil posiblemente afinará el oído para escuchar los discursos mudos o tal vez veladamente gritados de las juventudes. Dar voz en el análisis académico al sujeto joven sobre lo que les atañe y sobre lo que no para descubrir sus subjetividades, representaciones, imaginarios. Todo esto es una tarea circunscrita para la academia.

Bibliografía

Bendit, Rene. 2009. Transiciones a la vida adulta. Principales dimensiones analíticas. Curso Jóvenes, educación y trabajo. Principales dimensiones analíticas, (Clase 4), Buenos Aires, Flacso. <http://virtual.flacso.org.ar/mod/book/print.php?id=3440>. (30 de septiembre de 2009).

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. 1995- Respuestas por una Antropología reflexiva. México:Grijalbo.

Brito, Roberto. 2002. Identidades juveniles y praxis divergentes: Acerca de la conceptualización de la juven-

2- Diferentes autores han cuestionado la postura determinista de la estructura social sobre los sujetos y la reproducción de normas y valores, generando la posibilidad de la interpelación y la toma de decisiones, a lo que se llamó agencia o agenciamiento de sujetos individuales o colectivos, estableciendo sociedad desde la aparente condición subalterna. Norman Long, por ejemplo, por ejemplo, que el actor individual tiene “la capacidad de procesar la experiencia social y diseñar maneras de lidiar con la vida, aún bajo las formas más extremas de coerción” (Long, 2007:48). Quienes se interesen en el tema, también se puede consultar a Giddens (1998) o Bourdieu y Wacquant, (1995) para las teorías sobre la agencia, “incluso quienes están en posiciones muy subordinadas” (Long, 2007:50).

- tud. En Jóvenes, culturas e identidades urbanas. Coordinado por Alfredo Nateras. México: UAM/Porrúa.
- Coubès, M Marie-Laure. y René Zenteno. 2005. Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. en Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida. Coordinado por Rene Zenteno y E. Zavala de Cosío. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Durkheim, Émile. 1991. Educación y Sociología. México: Ed. Colofón.
- Feixa, Carles. 1998. El reloj de arena, Culturas juveniles en México. México: SEP-CAUSA JOVEN-CIEJ.
- Freire, Paulo. 2001. Pedagogía del oprimido. Madrid: Morata.
- García Canclini, Néstor. 2004. Culturas juveniles en una época sin respuesta. En JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud. Nueva época, núm. 20, enero-junio: 42-53.
- Giddens, Anthony. 1998. La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Giraldo, Santiago. 2003. Nota Introductoria en ¿Puede hablar el subalterno? En Revista Colombiana de Antropología, vol. 39, enero – diciembre de 2003:297-364. Traducción de Santiago Giraldo.
- Hall, Stanley. 1904., Adolescence: Its Psychology, and its Relations to Phsycology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education. New York: Appleton.
- IMJ. 2010. Encuesta Nacional de Juventud. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- IMJ. 2012. Encuesta Nacional de Valores en Juventud. México: Instituto Mexicano de la Juventud-Instituto de Investigaciones Jurídicas de UNAM.
- INEGI. 2009. ENADID-Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Long, Normal. 2007. Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor. México: El Colegio de San Luis.
- Milenio. 2014. Deserción, el mayor problema educativo en México: INEE. 4 de abril.
- OCDE. 2012. Panorama Educativo 2011, en La Jornada. 9 de noviembre.
- Pacheco, Lourdes. 2009. Juventud rural. Entre la tradición y la cultura. En Juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles en el México contemporáneo. Coordinado por Maritza Urteaga. Suplemento núm. 56 de la revista Diario de Campo México, octubre-diciembre.
- Pérez Islas, José y Marina Urteaga. 2001. Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo. En Los jóvenes y el trabajo: la educación frente a la exclusión social. Enrique Pieck. México: UIA/Cinterfor-OIT/UNICEF/CONALEP/ RET/ IMJ. <http://www.uia.mx/campus/publicaciones/jovenes/pdf/epieck12.pdf>. (30 de agosto 2012).
- Pérez Islas, José. 2002. “Políticas de juventud del nuevo siglo: para mirar lo que vemos”. En Actores estratégicos para el desarrollo. Políticas de Juventud para el siglo XXI. De Ernesto Rodríguez: México: Colección JOVENes, N° 11, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud.
- Pérez, Islas, José, Mónica Valdez y María Suárez. 2008. Teorías sobre la Juventud. Las miradas de los clásicos. México: Porrúa/UNAM.
- Reguillo, Rossana, 1998. Organización y agregaciones juveniles: Los desafíos para la investigación. En La construcción de lo juvenil. Coordinado por Jaime Arturo Padilla: México: Causa Joven.
- Rousseau, Jean-Jacques. 2005. Emilio o De la educación. Madrid: Alianza.
- Spivak, Gayatri. 2003. ¿Puede hablar el subalterno? En Revista Colombiana de Antropología, vol. 39,

enero – diciembre:297-364, Traducción de Santiago Giraldo.

Suárez, María. 2009. En México, el acceso a los estudios superiores sigue siendo un privilegio”, en Revista Humanidades, año 5, núm. 44, octubre. México:UNAM http://www.humanidades.unam.mx/revista/revista_44/revista_44_tema04.htm. (23 de febrero de 2013).

Tuirán, Rodolfo. 1999. Dominios institucionales y trayectorias de vida en México. En México diverso y desigual, Enfoques Sociodemográficos. Coordinado por Beatriz Figueroa Campos. México:CEDDU-El Colegio de México/Somede.